

LA EDUCANDA.


Periódico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Juegos y placeres, por don A. Pirala.—La entrada en el mundo, por doña Angela Grassi.—Juegos de niños: La pelota, por P.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Clemencia [continuación], por idem.—GRABADOS: Juego de la pelota.—Punto de arroz.—LAMINA: Pliego de Bordados y Patrones.

EDUCACION É INSTRUCCION.

JUEGOS Y PLACERES.

 OS juegos, los placeres, son indudablemente de todas las edades, pero conforme la niña va creciendo en años, los va comprendiendo de distinta manera y los practica de diferente modo. Sin embargo, debe tenerse presente de que son un elemento de instruccion á la vez que de higiene; así que lo que conviene es adoptar los que contribuyan á tan importante objeto. No hay que perder de vista, ni por las niñas ni por las madres que, desenvolviendo la existencia la dilatan, digámoslo así, hablan á la imaginacion, ejercitan la inteligencia y normalizan los deseos, siempre impacientes.

Nadie como las mismas niñas deben considerar los juegos y placeres como un premio, como una recompensa de su aplicacion y de sus méritos. Feliz la que halle placeres en todo lo que los hay, porque existen en el estudio, en la instruccion, en la beneficencia, en todo lo que es digno y enaltece, porque al procurar una satisfaccion á nuestro amor propio, bien entendido, ó al hacer un bien á nuestros semejantes, se disfruta de un placer tan grande, tan intenso, que solo le comprende el que se hace digno de él.

El resultado natural de esta conducta sobre las niñas, la consecuencia inmediata que ellas mismas pueden sacar, es el formarse una idea sólida, inquebrantable de que el placer lo es todo, pero cuando este placer va acompañado de una utilidad propia ó ajena, sin que esa utilidad lleve una mira egoista,

2.^a ÉPOCA.

porque entonces serian el interés y la ambicion, el impulso de una buena obra.

A esta idea que se irá fortificando con la edad se reúne bien pronto la persuasion de que las niñas al ir creciendo en años deben fiarse de sí mismas para valorar la importancia de los placeres.

El entregarse á ellos sin medida es lo mismo que abandonarse á sí propias, que olvidar hasta los deberes mas sagrados, y como sagrados, deben considerarse los que tienden á consolidar y perfeccionar la educacion y la instruccion. Añádase á esto que el espíritu guiado por la idea siempre presente del placer, no obra libremente, y por consecuencia nada perjudica mas al progreso de la inteligencia que la preocupacion de un sentimiento por una distraccion que se ha perdido, ó la persuacion de que tal ocupacion es enojosa. La costumbre de juzgarlo todo por la impresion del momento adquiere raices, y si los grandes deberes conservan su valor, un egoismo de detalles se reproduce sobre la vida entera y la enoja. Las niñas suelen tener siempre dispuestas mil repugnancias que objetar á cualquiera proposicion.

Poco capaces ó dispuestas á esos pequeños actos de afectos que constituyen la dulzura de las relaciones sociales, suelen ser á veces impolíticas, toscas, desprovistas de esa gracia especial que tanto adorna á la niñez, y manera de ser que ofrece una indicacion, poco cierta sin duda, pero que es sin embargo una indicacion del estado del corazon.

¿Mas como obrar entonces? nos preguntará alguna niña. ¿Puede negarse que el placer no sea buscado por sí mismo sin otro deseo que el de gozar? No es una afectacion ridícula pretender que no se vea en él mas que un medio de perfeccionamiento? Concedido: lejos de nosotros lo que se separe de la verdad. Admitimos el placer siempre que no sea nocivo, y con las circunstancias que dejamos espuestas, pero no le prometemos continuo. Démos mas y hablemos menos. Juzgaremos cada juego ó placer aparte, y evidenciaremos en experiencia si es inocente, pero an-

tes de permitir la repetición observaremos la disposición en que haya dejado el alma. Estos dos exámenes, emprendidos antes y después de la prueba con la niña, la enseñarán que el placer no es el objeto esencial, y que el estado moral de un ser inmortal es la consideración verdaderamente importante.

No olviden nuestras jóvenes lectoras, venturosamente organizadas, que para que sus impresiones sean netas y vivas, el placer bajo sus formas más sencillas es sin duda el que vale más. Transformado en felicidad habitual se confunde con la misma vida, con el agrado de afecciones tiernas, con las mil alegrías indefinibles que hacen vibrar en la primera edad las cuerdas movibles del corazón. Pero quizá querrán alguna cosa más: querrán que en ciertos momentos un sentimiento más pronunciado, más distinto de su alegría amasase para la niña un tesoro de recuerdos rientes. Para este efecto bastaría frecuentemente no pretender reglarlo todo, dejar llegar incidentes felices que traen consigo una libertad legítima.

Y aun en todo esto á que nos referimos queda un móvil; el sentimiento de la libre determinación falta siempre, y sin embargo es bueno, muy bueno, que la niña tome algunas veces su iniciativa, que el despliegue de sus fuerzas sea completo, y sobre todo voluntario. El colmo del arte ó de la ciencia es evitar en todo la casualidad, pero se deben apartar los casos muy peligrosos, y dejar plaza á esa misma casualidad, gran compensadora de cálculos mal hechos, y reparadora con frecuencia de nuestras faltas.

Ya ven, pues, nuestras amables lectoras, con lo poco que dejamos dicho, como hasta los juegos y placeres deben estar subordinados á consideraciones muy atendibles, y lo verán aun más, en lo que sobre el mismo asunto nos falta decir, porque no hay objeto ó particularidad tratándose de la educación é instrucción de las niñas, que no merezca serias consideraciones, por ser grande é inmensa su importancia.

A. PIRALA.



LA ENTRADA EN EL MUNDO.

V.

De Leonor á Adela.

Dichosa tú que habitas en ese apacible recinto, sin experimentar esas terribles luchas de amor propio que roban su tranquilidad al alma; sin sostener esas encarnizadas batallas contigo misma, que solo dejan en pos de sí remordimientos y amargura!

Hoy tengo graves faltas de que acusarme!... Me avergüenzo de mostrarte toda la pequeñez de mi espíritu, pero en quién sino en tí, he de buscar consejo y fortaleza!...

Todavía está sin descifrar aquel enigma que te indiqué en mi última carta, y cuanto más pienso en él, menos acierto á resolverlo...

Tiene razón Margarita? tiene razón mi tío?

¡Ah, él me repite sin cesar, que los aplausos que recibe una mujer coqueta son como esos ecos fugitivos que levanta en los bosques una ráfaga de viento. Se extingue el viento, y las selvas enmudecen!

Esto dice mi tío, y yo lo había creído hasta ahora: pero no, no es verdad!

Leopoldo ama á Margarita con una pasión profunda, inextinguible! Tiembla en su presencia como un niño, se pone pálido ó encendido, según es suave ó dura la inflexión de la voz de su tirana: una sonrisa de ella basta á hacerle dichoso mucho tiempo; basta á hacerle desdichado un solo movimiento de sus cejas.

Comprende sus pérfidos manejos y la adora: siente su corazón herido y bendice la mano que le hiere.

Por una extraña fatalidad yo he venido á ser la confidenta de sus penas; en mí busca consuelos cuando la desesperación se apodera de su alma.

Pero lo creerás, Adela? No sé si es envidia, no sé si son celos ó justa indignación lo que experimento al escucharlo. Lo que sé es, que sus apasionadas confidencias me hacen tanto daño, que daría toda la sangre de mis venas para arrebatar el esclavo á su conquistadora impertinente!...

A mí nadie me ama, Adela, por qué?... No me faltan obsequios y galanterías, pero amor!...

Volviendo á Margarita. Ella también parece tener celos de mí: la guerra empezada entre ambas á orillas del lago continúa cada vez más encarnizada, más terrible.

Porque entonces si me invitó á seguirla en su paseo, fué por interrumpir mi conversación con Leopoldo!... Aquel día no lo comprendí; ahora lo comprendo porque he visto renovada muchas veces la misma extraña escena.

Lo peor es que el mundo, que solo juzga por las apariencias, viéndome acompañada constantemente por Leopoldo, le ha condecorado con el título de mi amante.

Cuando yo lo he sabido era ya demasiado tarde.

Me deslizaba ya por la rápida pendiente, que no sé adónde me conduce, y no podía detenerme...

Necesitaba explicarte todo esto, para que comprendas el suceso de que quiero hablarte....

Estábamos en un baile. Margarita se paseaba por el centro del salón, apoyada en el brazo de uno de sus infinitos adoradores.

De repente se paró delante de mí.

—Está Vd. triste? me dijo sonriendo. ¿Por qué? todavía no es tarde!

Y sus ojos se fijaron en la puerta.

Dió una vuelta, y otra vez se paró delante de mí, y otra vez me dijo con aire sarcástico.

—No viene? en dónde está?

Cómo ves aludía á Leopoldo! cómo ves se burlaba de lo que ella creía mi inútil expectativa!

La cólera me cegaba.

—Oye! me dijo Jacinta al oído, es que no va á venir esta noche?

—Qué me preguntas á mí? exclamé, sin poder contener mi enojo.

—Vaya, no te enfades, repuso Jacinta, ¿á quién se lo he de preguntar sino á tí? ¿Qué afán de negar lo que todas estamos viendo! Yo por mí me alegro, con tal de que hagas rabiar á la presuntuosa Margarita.

Quiso mi mala estrella que en aquel instante Leopoldo apareciese en el dintel de la puerta.

Al verle hubiera querido que me tragase la tierra.

Quizás no me comprendas, porque ni yo misma comprendo lo que pasaba en mi alma.

Solo te diré que me humillaba de antemano la idea de que después de todas aquellas suposiciones, que en último resultado halagaban mi amor propio, él corriese á rendir incienso á los pies de mi rival y me dejase olvidada.

Margarita se había sentado un poco mas allá de nosotras, y Leopoldo antes de llegar adonde estaba ella tenía que pasar por delante de mí....

Los minutos que tardó en atravesar por entre la multitud fueron siglos de tortura.

Por fin se acercó, inclinó la cabeza al verme, siguió adelante...

¡Siguió adelante, y yo sentí un dolor agudo en el corazón, como si penetrase en él la fría hoja de un puñal.

Por un movimiento rápido é instintivo dejé caer mi ramillete.

El ramillete fué rodando hasta los pies de Leopoldo, que se detuvo y le cogió.

—Bailo con Vd. este vals! murmuré en su oído, mientras él se inclinaba para dármelo.

Resonaban ya los primeros acordes de la música.

Me levanté y enlacé mi brazo con el suyo.

¡Dignidad, conveniencia social, decoro, todo lo hollaba, con tal de hacer que triunfase mi amor propio!

Después de bailar me empeñé en pasear con él por la sala, y yo no sé cuantas necedades, cuantas locuras le dije, para fijar su atención, para distraerle de Margarita. Debí decirle cosas muy extrañas, por que recuerdo las miradas atónitas que me dirigía, y su ademán confuso y sorprendido.

¡A pesar de esto, el infeliz no dejaba de mirar á mi rival, no dejaba de asechar la ocasión de escaparse de mi lado!

Fuí inflexible, y le obligué á bailar conmigo hasta tres veces...

Aquello era una especie de vértigo, de locura.... Por un lado veía, ó mas bien adivinaba, la burlona sonrisa que entreabría los labios de Margarita; por otro sorprendía las miradas de mis compañeras, fijadas en mí con una curiosidad indecible.

La batalla estaba empeñada delante de muchos testigos, y hubiera preferido morir á declararme vencida!

La última vez que bailé con Leopoldo era un rigodon. Margarita estaba enfrente de nosotros.

¡Esa mujer nunca pierde su admirable sangre fría!

¡Está tan segura de su poder, que nada basta á inquietar la satisfacción de su amor propio!

A pesar de que yo echaba el resto, hablando al oído de Leopoldo, aparentando una intimidad que no existía entre nosotros, jamás se inmutó en lo mas mínimo.

Solo al pasar junto á su víctima, en la última figura, advertí que sus labios se movieron, lo advertí mas que por nada, por el estremecimiento convulsivo que agitó todos los miembros de Leopoldo.

Acabado el rigodon, éste me condujo bruscamente á mi asiento, y desapareció.

Margarita triunfaba! me había dejado hacer, y en el mismo momento en que ella lo había querido el esclavo volvía á sus cadenas!...

—No podrás negarlo ahora? me dijo Jacinta al oído.

¿Pensaba lo que decía, ó era una burla mas sangrienta que las otras?

Un velo cubrió mis ojos, y sentí que lágrimas de fuego inundaban mis mejillas!...

ANGELA GRASSI.



JUEGOS DE NIÑOS.

LA PELOTA.

El juego de pelota es antiquísimo, habiendo sido el pasatiempo de muchos príncipes, entre los cuales citaremos á Felipe *el Hermoso*, que se dice murió de resultas de haberse entregado con esceso á él: ha estado en uso en muchos pueblos, y es en el día el juego predilecto de los navarros y vizcainos.

La pelota es una bola mas ó menos grande, generalmente del tamaño de una manzana pequeña, formada de tiras ú orillos de paño fuertemente doblados entre sí y en varias direcciones, y cubierta de cuero, cortado convenientemente en cuatro rajas, que cosidas por los bordes presentan una superficie tersa y sin rebordes salientes. Las pelotas mejores son las mas duras y las que mas se aproximan á la forma esférica: las construyen los sastres de portal ó que no tienen mucha parroquia, y de ahí viene decir: *es sastre de pelotas*, al sastre de poca habilidad.

Hay varios modos de jugar á la pelota. Se juega á mano limpia ó con paleta; con pelota grande ó pequeña; entre dos ó más, y al *bote* ó á la *larga*, etc.

El juego de pelota, como todo juego, se presta á que se atreviese dinero apostando por la destreza del uno contra la del otro; pero en este se han hecho apuestas de consideracion, llegando el punto de citarse con meses de anticipacion, para presenciar el *partido* de dos famosos jugadores de pelota.

Para partidos formales hay edificios exprofeso (tal es la aficion que ha habido por este juego) que constan de una gran sala cuadrilonga, de techo elevadísimo, con una especie de toldillo inclinado hacia el interior en la entrada de la pieza, con el fin de que resbalando por su pendiente arroje la pelota al extremo opuesto, no se mueva aquella y no lastime al público que ocupa las gradas que hay debajo del toldillo. Una gran ventana, provista de tela metálica, para que no permita el paso á las pelotas, colocada sobre el toldillo, da paso á la luz. El piso deberá estar perfectamente embaldosado.

En estos edificios se juega á mano limpia ó con paleta.

Las paletas son ovaladas por la parte de la mano y redondas por el extremo: son delgadas, de madera fuerte y ligera, y están forradas de cuero estendido con cuidado y bien pegado.

Para jugar con pala se hace uso de las pelotas pequeñas y duras; pero á mano limpia se emplean las regulares ó comunes, por ser menos duras y mas manejables.

La habilidad del juego de pelota consiste esencialmente en que no muera nunca aquella, y de ahí resulta el que sea tan difícil y cansado un partido largo.

Los niños suelen jugar á la pelota para hacer ejercicio moderado, que es muy conveniente en invierno, en las paredes de los patios, cercas de jardines, etc., que no tengan cristales, procurando que la fuerza de impulsión no sea mucha, porque pasando sobre la tapia se perdería.

Juegan tambien con la pelota á la *joroba*, que consiste en arrojarla con fuerza y dar media vuelta para recibirla en la espalda; y al *bote* ó *emboite*, que es arrojarla con fuerza al suelo y cogerla en su descenso para repetir el juego.

El juego de la pelota, aun cuando es propio de los niños, suelen jugarle con bastante destreza algunas niñas, y en ciertos casos le aconsejan los facultativos como medio de desarrollo físico, por eso nos ocupamos de él, y porque las pelotas de goma son casi el primer juguete que se dá á las niñas, desde que principian á andar.

Conforme ofrecimos en nuestro número anterior vamos á hacer aplicacion en estos juegos de algunas lecciones prácticas de geometria.

La pelota que se ve en el aire puede representar el punto.

El *punto*, como lo indica su nombre, no tiene largo, ancho ni grueso; es la cosa mas pequeña que podemos figurarnos.

En la pared que presenta nuestro grabado podemos observar lo que se entiende por línea. Se llama *línea* al rastro ó señal que deja una pluma, un lápiz



Juego de la pelota.

ú otra materia dura al pasarla de un lado á otro sobre un papel, tablero, pared, etc.

Las líneas se dividen en *rectas* y *curvas*.

Se llama *línea recta* cuando tiene todos sus puntos en una misma direccion; y sus posiciones son tres: *horizontal*, *vertical* y *oblicua*.

Es *horizontal*, cuando está trazada de izquierda á derecha, como con mas ó menos perfeccion demuestran las rayas que se ven en la pared en el grabado de que nos ocupamos.

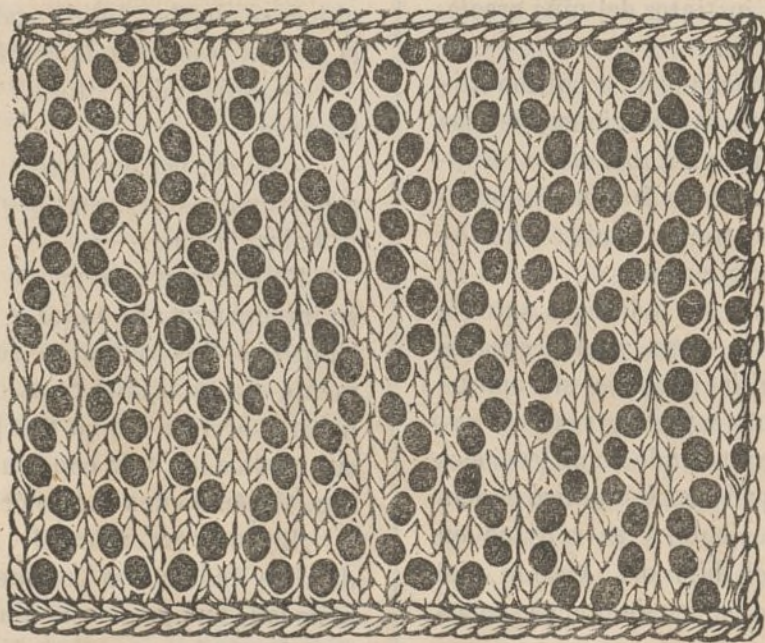
Vertical se dice, cuando está de arriba á bajo, como se ve en la misma pared en las líneas ó rayas, que hay entre las largas de que hemos hablado. Se llama tambien línea á plomo, porque tiene la misma

LABORES.

La labor que representa nuestro grabado es un calado de aguja, llamado *punto de arroz* por el granito que forma el dibujo, y es muy á propósito para fondo de pañuelo, colcha, cortinaje, etc., guarneciéndole con alguna de las lindas puntillas del mismo género que enriquecen la coleccion que poseen ya nuestras lectoras.

Se ponen en la aguja el número de puntos que se quieran, pero divisibles por 6.

1.^a *Vuelta*.—2 ps. lis., *1 trab., 1 meg. sobrec., 1



Punto de arroz.

direccion que tendria un hilo sostenido por un extremo, y que tuviese en el otro un perdigon de plomo ú otra cosa de peso.

Oblicua es la que se inclina mas á un lado que al otro, y es la que las señoras en el corte de vestidos llaman al biés. El brazo del niño que está en la izquierda enfrente de la pared nos lo representa.

Línea curva es aquella cuyos puntos no llevan la misma direccion. El brazo que tiene levantado el niño que está á la izquierda fuera de la pared nos lo demuestra, aunque no con toda propiedad. En otro artículo presentaremos modelos uas perfectos.

P.



lis., 1 meng., 1 trab., 1 lis.; se repite desde la señal *, y se termina la vuelta por 2 lis.

2.^a—Todas las vueltas pares se ejecutan lisas al revés.

3.^a—3 lis., *1 trab., 1 meng. doble sobrec., 1 trab., 3 lis.; se repite desde la señal.*

5.^a—2 lis., 1 meng., *1 trab., 1 lis., 1 trab., 1 meng. sobrec., 1 lis., 1 meng.; se repite,* y termina la vuelta con 1 meng. sobrec., y 2 lis.

7.^a—1 lis., 1 meng., *1 trab., 3 lis., 1 trab., 1 meng. doble sobrec.; se repite,* y termina la vuelta por 1 trab., 1 meng. sobrec., 1 lis.

Despues de ejecutar la correspondiente vuelta del revés, se vuelve á principiar por la primera vuelta, hasta dar á la labor la estension necesaria.

JOAQUINA G. BALMASEDA.



CLEMENCIA.

Continuacion.

Augusto continuaba asistiendo al colegio, y merced á su natural pereza, habia adquirido la costumbre de no trabajar mas que secundado por su hermana, ó mas bien de hacerla estudiar por él. Clemencia, pues, tuvo que volver á repasar el griego y el latín, recitando todas las lecciones de su hermano, aprendiéndolas por él, y creyéndose recompensada con una mirada cariñosa de su madre. Sin embargo, semejante sistema de educacion debia tener un resultado funesto, y los malos instintos del niño crecieron en efecto con mas libertad.

Fuerza es decir que abandonado á sí mismo hubiese aprovechado menos aun las lecciones de sus profesores: Clemencia se las analizaba, se las explicaba con mas sencillez, y á él no le faltaba comprension.... pero era perezoso, distraido, tenia en fin todos los defectos de un niño mimado.

Vanidoso hasta el exceso, se indignaba ante la idea de no ser el primero de la clase, y al acercarse los exámenes el deseo de brillar excitaba su aplicacion. Clemencia, con su tacto especial, resolvió sacar partido de este defecto, asociando á sus lecciones domésticas uno de sus compañeros. Comunicó el plan á su madre, que le halló excelente, y se convino en que el otro discípulo seria el hijo del Alcalde, del importante y poco simpático personaje que ya conocen nuestras lectoras.

Julio, que tal era el nombre del hijo del Alcalde, tenia dos años mas que Augusto, y formaba á la vez la alegría y la desesperacion de su padre; la alegría, porque era hijo único, porque se le parecia en la parte física y moral, y la desesperacion, porque no habia medio de enseñarle. Era un jóven de un tipo vulgar, de un rostro tostado, de negra y áspera cabellera, y cuyo carácter no era mas agradable que la figura: parecia estar siempre de mal humor, mostraba inclinacion á ejercicios violentos, y cuando le reprendian su indolencia exclamaba: que no tenia necesidad de trabajar, porque su abuela le habia prometido dejarle un millon de reales para él solo, y ademas su padre era muy rico. Esto hacia reir á Mr. Moreau que, reprimiendo su hilaridad, acababa por reñir á Julio, al que pronosticaba que sería siempre un estúpido.

Mr. Moreau aceptó, pues, la proposicion de Clemencia de hacer partícipe á su hijo de las lecciones que daba á su hermano; y como Julio era un émulo fácil de vencer, la jóven pensaba ofrecer á su hermano un estímulo que no hiriese su amor propio. Mad. Ogé añadió que Julio era el mejor camarada de

Augusto, que no consentiria que otro niño entrara con tal frecuencia en la casa, y quedó resuelto que Julio Moreau acudiría mañana y tarde á recibir las lecciones de Clemencia, estrechándose mas y mas los lazos que unian á las dos familias.

El resultado ni fué tal como Clemencia deseaba, ni dejó de sorprenderla. Su hermano, creyéndose superior á Julio, y desdeñando una fácil victoria, no se mostró mas estudioso; pero Julio reveló de repente una inteligencia que nadie habia sospechado en él. Escuchaba á Clemencia con una atencion estúpida, y poco á poco esta atencion se fué tornando rica de inteligencia. La dulce voz de la jóven impresionaba aquel entendimiento, rebelde á las lecciones de muchos profesores; y mientras Augusto con un pretexto cualquiera se alejaba, Julio rogaba á su maestra repitiese la leccion, escuchando con éxtasis sus palabras.

—Comprendeis, Julio? murmuraba dulcemente la jóven.

—Sí, sí, perfectamente, respondia el discípulo, repitiendo hasta las mas pequeñas observaciones que le habian hecho.

En breve el exterior de Julio se trasformó como su inteligencia: de audaz y grosero se volvió dulce y simpático. Sus padres se sorprendieron agradablemente con semejante cambio, si bien el Alcalde, que habia querido á su hijo mas por sus defectos que por sus cualidades, veia con sentimiento su visible cambio, temiendo una metamórforsis mas real y positiva.

¿Era una excepcion Mr. Moreau? De ningun modo. Era uno de esos hombres frecuentes en nuestra sociedad, que prestan al dinero un culto que tiene algo de cómica gravedad. Mr. Moreau estaba muy lejos de ser un nécio, aunque mirase con predileccion á las personas que manejaban con mejor resultado su fortuna: hablaba con facilidad, aunque preferia callarse, y escribia con correccion, aunque preferia no cojer la pluma. Su carácter mas que brusco, ocultaba una calculada prudencia, y en todas sus acciones se revelaba un juicio muy recto y un profundo conocimiento del mundo.

Debiendo su fortuna al comercio, administraba la de la provincia con conciencia y desinterés, ostentando con orgullo la cruz de la Legion de Honor, lo que hacia esclamar á sus admiradores, que el Rey un dia le confiaria acaso mas altos destinos. En cuanto á su conducta privada, era un jefe de familia modelo, y para acabar de pintarle, diremos que era un hombre de cincuenta y cinco años, pequeña estatura, grueso, con bastante color, el cabello cano, las cejas espesas, y la mirada viva y penetrante. Ni debemos omitir que tenia una mano blanca y cuidada, que hacia admirar con mucha frecuencia.

Poco podemos decir de la esposa del Alcalde: era una mujer morena, de poco cuerpo, y tan amable como brusco su marido. Ella solo sabia reprimir el ca-

rácter de su marido, que la abandonaba al régimen interior de la casa, dominio que calificaban los maliciosos debía estar fundado en alguna infidelidad de su marido.

Este rumor indirecto corrió mas de lo conveniente, y fué necesario que las costumbres puras de ambos esposos le desmintieran, obligando á confesar á los vecinos de C... que el señor Alcalde era un modelo de maridos, y su mujer la mas feliz de las esposas.

Cuando terminó el luto de la familia Ogé, el Alcalde y su mujer les invitaron á continuar sus reuniones, á lo cual madre é hija dijeron haber renunciado. Mr. Moreau añadió que al menos frecuentasen otros salones, y para ello habló del talento de Clemencia y de lo conveniente que seria ya pensar en establecerla. Todas las instancias fueron inútiles, y ni en casa de Mad. Ogé ni en casa del Alcalde, donde con frecuencia habia cantado Clemencia en vida de su padre, se prestó á cantar, dando con su negativa un verdadero pesar á Mad. Moreau, que segun su observacion musical, Clemencia lucia doble en sus salones por las excelentes condiciones acústicas que tenían.

La jóven celebró este resultado, porque su carácter era inclinado al retiro, y sus antiguos triunfos se representaban á ella como un pesar al recordar la alegría que causaban á su padre.

Por otra parte, los cuidados que le ocasionaba la educacion de su hermano, le ponian en la necesidad de instruirse mas y mas, inspirándole aficion á ocupaciones mas graves. La lectura ocupó la mayor parte de sus horas, desarrollando su inteligencia y evitándole los peligros que proporciona á una jóven de veinte años la ociosidad. Resignada con su suerte, ni siquiera pensó en mejorar de posicion, sometiéndose sin darse cuenta de ello á la secreta voluntad de su madre, que habia resuelto que su hija no debía casarse.

Para Mad. Ogé la vida se reasumia en estas frases: el porvenir de Augusto. A este porvenir todo debía inmolarse sin compasion. Este era su sueño, su única ambicion; no hablaba de otra cosa á Clemencia noche y dia, y como ésta con su natural generosidad no se ofendiese, habia acabado por identificarla á sí propia, y asociarla á todos sus sacrificios. Augusto era á sus ojos el jefe de la familia, el señor y amo de la casa, sin que el mismo jóven tuviese conciencia del dominio que ejercia, aunque avanzase con paso firme en esta senda fatal, sin poner límites á sus exagerados caprichos.

Lejos de entregarse á los estudios que sus diez y siete años exigian, pasaba las horas enteras en estudiar posturas, componer su traje y dar rienda suelta á su exagerada vanidad, lo que hacia sonreír á su cándida madre, encantada con la hermosura de su

hijo. Sin embargo, como la vanidad no suele ser compatible con el amor al estudio, Augusto declaró un dia que era inútil pagar el colegio, ni darle mas lecciones, que estaba resuelto á no aprender: que esperaba obtener un destino en la misma aduana, para el cual le protegería la memoria de su padre, y en efecto, gracias al apoyo del Alcalde, en breve obtuvo la humilde plaza que deseaba.

Como consecuencia del dominio de Augusto, fué necesario quebrantar los mas firmes propósitos: en vano su madre y hermana renunciaron al mundo, porque como habia muchas casas dónde nadie se acordaba de invitar al jóven, pero que hubieran acogido á Clemencia con orgullo por su hermosa voz, fué preciso que ambas se presentasen de nuevo en los salones. A pesar de los gastos que esto ocasionaba no se prescindió de un baile ó de un concierto, sobre todo si á él se unia alguna succulenta cena, porque Augusto era como su padre, aficionado á los placeres de la mesa, y para él renovaba su madre toda su habilidad culinaria.

Julio Moreau siguió distinta senda que su jóven camarada. Una vez iluminada su inteligencia, siguió con fé el camino de actividad y rectitud que habia emprendido, continuando sus estudios de filosofía: queriendo á su vez devolver á Augusto la inteligencia que le debia, ó mas bien á su hermana, todos los dias asistia con puntualidad á casa de Mad. Ogé á dar á su amigo algunas lecciones que éste no se cuidaba de aprender, y con frecuencia desaparecia á la mitad de ellas, dejando solos á Clemencia y Julio, que sostenian diálogos llenos de interes y poesía, respecto de la grandeza de Dios y de la inmortalidad del alma.

III.

Amor de niño.

Era una hermosa tarde de Estío: el calor sofocante de todo el dia iba poco á poco desapareciendo, merced á la consoladora brisa que hacia ondular las plantas y las flores, dilatando su perfume por el espacio. Augusto habia salido con su madre, y Clemencia, sola, en la sala principal, sentada delante de su piano, dejaba correr sobre él sus manos con abandono.

El silencio que en la casa reinaba hacia resaltar mas las notas melodiosas, á las que se unió en breve la voz fresca y sonora de Clemencia, entonando una bellísima romanza, que su padre preferia á cuantas ella cantaba, y el solemne reposo que se advertia en torno de la jóven pareció aumentarse entonces como si los espíritus de la soledad temiesen turbar aquel santo recuerdo de amor filial, ó impedir que aquel tierno suspiro volase al cielo. A su padre en efecto era á quien se dirigia, porque nadie la escuchaba en

la tierra. Nadie?... No era así: hacia un instante que la puerta de la sala habia girado silenciosamente, y en ella se detuvo un jóven, que de seguro hubiera querido avanzar y que, clavado en aquel sitio, ni respirar osaba. Muchos meses hacia que ansiaba una ocasion de hablar á solas con Clemencia, y cuando se presentaba ese momento, anhelado con todo el ardor de un corazon de veinte años, permaneció inmóvil, porque el alma vacila siempre al trocar el sueño por la realidad. Poco á poco su respiracion fué mas natural, no trató de comprimir los latidos de su corazon, y escuchó sereno el canto de la jóven. Dios sabe hasta cuando se hubiera prolongado esta difícil situacion, si Clemencia no hubiera abandonado su piano, dirigiéndose á la ventana, por la que apenas penetraba ya el moribundo día. Entonces creyó ver una sombra fija en la puerta, y murmuró.

—¿Eres tú, Augusto?

—No, señorita, exclamó una voz perceptible apenas.

—¡Ah! ¿es Julio? añadió la jóven, creí que os habiais ido hacia mucho rato.

—No, osperaba á vuestro hermano en su cuarto; me dijo al salir que no tardaria... y he aprovechado el tiempo en escribir...

—La leccion sin duda? vuestras bondades acabarán por avergonzar á vuestro amigo. Pero en lugar de tomaros ese trabajo podiais haber estado en esta sala, y como yo estoy acostumbrada á presenciar los estudios de ambos, hubiera podido apreciar vuestros progresos, que me complacen mucho.

—¿De veras? Murmuró el jóven con acento tímido.

—Cierto, añadió Clemencia sonriendo.

—Ah! acaso hoy no me hubierais comprendido: creo que ni comprendereis las líneas que he trazado en este papel... pero no, todo lo que en él he escrito es absurdo, ninguna de estas frases dicen lo que quisiera espresar mi corazon.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

Explicacion del pliego de Dibujos.

NUMS. 1. *Entredos* bordado con *trencilla* y á la *inglesa* ó *pasado* para sábanas.

NUM. 2. *Otro idem* correspondiente, mas pequeño, para almohadas: este juego de cama exige ademas encaje al borde ó un feston.

NUMS. 3 y 4. *Canesú* y *manga* para camisa de mujer, bordado al *minuto* y *arenilla*.

NUM. 5. *Dibujo de trencilla* para trajes de niño ó señora.

NUM. 6. *Anagrama de Jesus*, bordado al *pasado* en blanco, sedas ú oro, para objetos de iglesia.

NUM. 7. *Cuello* marinero bordado al *pasado* y *minuto*.

NUM. 8. *Puño* correspondiente.

NUM. 9. *Cenefa* bordada con *trencilla* y á la *inglesa* para pantalones de señora.

NUM. 10. *Escudo* bordado á *litografia*.

NUM. 11. *Cenefa* bordada al *pasado*.

NUM. 12. *Escudo* rico bordado á *plumetis*.

NUM. 13. *Cifra* bordada al *pasado*.

NUM. 14. *Cuello* de valenciennes, y bordado al *minuto*.

NUM. 15. *Manga* correspondiente, de entredos de encaje y bordados.

NUM. 16. *Cifra* bordada al *pasado*.

PATRON.

El patron que va á la espalda del pliego corresponde á un vestido, cuyo croquis va en el mismo, y se compone de *delantero costadillo* de adelante, *costadillo* debajo el brazo, *costadillo* de la espalda, *espalda* y *manga*. Las líneas de puntos en que concluyen estas piezas indican que deben prolongarse lo que requiera la medida. Las letras muestran claramente la union de las piezas, y completa este traje un paño *delantero* cortado en nesga aguda, y un volante alrededor que termina el largo del traje.

Para la mejor inteligencia daremos la explicacion de este vestido.

TRAJE DE CALLE PARA SEÑORA.—*Vestido redingote* de glase marron claro, adornado de terciopelo del mismo color mas oscuro.

Este traje de hechura enteramente nueva, forma en una sola pieza vestido y abrigo, ajustado y entreabierto por delante.

El *cuerpo* y la *falda*, á excepcion del paño de adelante, son de una sola pieza; el cuerpo es alto y abierto por delante, cuya abertura queda disimulada entre los adornos, y en el talle lleva un sesgo que, dejando el redingote entreabierto, permite ver un cinturon figurado de terciopelo, al que va cosido el paño de adelante cortado de todo el largo de la falda, y en nesga tan aguda de arriba que no debe formar ningun pliegue: los otros paños, que unidos al de adelante pertenecen al abrigo, tienen 85 centímetros del talle al canto, y los otros van alargando progresivamente hasta tener el de la espalda un metro justo: al canto de estos paños va pegado á frunce un volante á la *inglesa*, que viene á unirse en los costados al paño de adelante completando el largo de la falda. La manga es justa, el adorno consiste en cintas de terciopelo tiradas, que guarnecen el escote y el abrigo figurado alrededor, ocultando las costuras, y en otras cintas cruzadas sobre el paño de adelante, bocamanga y hombro: estas últimas son las mismas que se continúan de arriba á abajo de la manga.

Por lo no Armado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.